Mi amigo Hernán

Mi amigo Hernán

GONZALO CELORIO

GS

Índice

I 9
II 25
III 39
IV 49
V 67
VI 83
VII 109

I

En los idus de marzo de 2025 murió mi amigo Hernán Lara Zavala. Las "cuchilladas" que acabaron con su vida acaso fueron peores que las que ultimaron a Julio César en las escalinatas del pórtico del Teatro de Pompeyo en el año 44 antes de nuestra era, también en los idus de marzo.

Con puntualidad inglesa para llegar, pero también —cosa rara en México— para retirarse, en los últimos cinco años Hernán vino a visitarme a mi casa, que está a dos escasas cuadras de la suya, las tardes de todos los domingos.

Tras la pandemia desatada a principios de 2020, mi salud había sufrido una sucesión de quebrantos (un cáncer en las cuerdas vocales; una neuropatía severa, irreversible y progresiva en las cuatro extremidades; la exacerbación de la artritis reactiva que padecía desde 1976; una cirugía de columna lumbar y un covid inmisericorde) que me impedían corresponder, con la reciprocidad que había pautado nuestra amistad desde medio siglo atrás, a nuestros frecuentes encuentros en muchos y muy diversos lugares.

En esas visitas dominicales, que se volvieron felizmente rutinarias, Hernán y yo íbamos, como él solía decir, *de bayo a caballo.* Yo apenas podía hablar tras la extirpación del carcinoma que se había desarrollado en mi garganta, pero aun así conversábamos. Y cada vez más

porque poco a poco fui recuperando la voz, aunque nunca volví a emitirla con la sonoridad de antes de la operación. Ahora tengo una voz sorda que se me agota pronto, como si fuera de pilas. Hablábamos de todo y sin orden, por mera asociación de ideas, al grado de que, una vez empezada la conversación, ya no sabíamos cuáles eran las digresiones y cuál el discurso central ni cuándo había que cerrar el paréntesis ni en qué momento de nuestra arborescencia verbal volveríamos al tronco, si es que recordábamos que había habido un tronco original en nuestros temas de siempre: la literatura y la vida literaria, la universidad, nuestros escritores, nuestros amigos, nuestros alumnos, nuestras lecturas recientes y nuestras relecturas. Hablábamos también de cuestiones personales, claro: de la familia, el matrimonio, los hijos, la vocación literaria, la ineludible vejez, la historia compartida, que suscitaba un montonal de recuerdos, por lo general gratos y felices, de lo mucho que habíamos hecho juntos, viajes, proyectos, trabajos... De todo. Creo que entre nosotros no había ningún tema prohibido o secreto, pero siempre guardamos discreción en los asuntos de la intimidad. No hablábamos de sexualidad ni de dinero y despreciábamos a quienes presumían de sus aventuras amorosas o de sus posesiones pecuniarias. Tampoco hablábamos de la muerte.

Hernán era un hombre reservado, aunque su sociabilidad, su trato afable y su ánimo celebratorio pudieran desmentir tal atributo de su personalidad. Su extremada anglofilia me recordaba la consideración de Borges a propósito de los ingleses, que, según el escritor argentino, empiezan por evitar la confesión y acaban por omitir el diálogo. Pero semejante aserto no podría aplicarse a

nosotros. Si bien éramos respetuosos de las tácitas fronteras de nuestra intimidad, el diálogo nunca cesó. Prefirió ser repetitivo antes que impertinente y omiso antes que vulgar.

Ejemplo de la discreción de nuestra amistad fue el respeto con el que mantuvimos nuestra relación de vecindad. Yo me mudé a vivir al pueblo originario de San Nicolás Totolapan en enero de 1994 en buena medida porque ahí, a dos breves cuadras de mi nueva casa, vivía Hernán. Desde la terraza de mi estudio alcanzo a ver todavía la copa de un árbol que crece en su jardín. Pero, para bien o para mal, durante los más de treinta años de cercanía domiciliaria, nunca nos visitamos sin cita previa ni nos pedimos favores domésticos. Ni unos limones o una botella de whisky, ni una llave inglesa o unos cables para pasar energía eléctrica de un coche a otro, y eso que vivíamos muy retirados de la civilización. Nuestras casas se encuentran al extremo surponiente de la Ciudad de México, en los linderos del campo y la mancha urbana.

Tan reservado era Hernán que nunca conocí su estudio. Sólo sabía que se ubicaba a la entrada de su casa, soterrado en el jardín delantero, como si se tratara de un búnker. Yo en cambio lo recibía en mi biblioteca. No podría ser de otro modo porque mi casa se ha convertido por completo en un repositorio de libros, que ocupan prácticamente todas las habitaciones, con excepción de la cocina y los baños.

Una de nuestras diferencias era que yo siempre hablaba de lo que estaba escribiendo. Incluso le pedía opinión y hasta le daba a leer mis originales para que los revisara con su buen ojo de editor. Él, por lo contrario, no

hablaba de sus proyectos literarios hasta que me obsequiaba el libro ya publicado. Salvo una vez.

Tampoco hablábamos mucho de enfermedades, un tema recurrente y prioritario en las conversaciones habituales de las personas de nuestra edad, que suelen rendir sus partes médicos apenas se saludan. O más bien, en ese tema ocurría algo semejante a lo que sucedía con nuestros proyectos literarios. Él no hablaba de enfermedades, aunque sí escuchaba con atención y paciencia los descalabros que yo había sufrido de un tiempo a esta parte y que habían generado precisamente sus visitas dominicales: la evidente debilidad de mi voz y las dificultades de mi marcha. Una de esas tardes, sin embargo, Hernán me hizo una confesión que rebasaba por unos milímetros la reserva acostumbrada y que por eso cobró una dimensión extraordinaria. Más abochornado que temeroso, me dijo que hacía poco había sufrido un *desvanecimiento.* Ésa fue la escogida palabra que usó, *desvanecimiento,* de seguro de manera eufemística, para referirse a una repentina y pasajera pérdida de la conciencia. Me contó que hacía poco tiempo, una tarde después de comer, se había quedado dormitando en el sillón orejero de su sala y que de pronto "se fue" por unos segundos. Él no le dio demasiada importancia cuando me lo dijo, pero en algún domingo posterior ya no hablaba en singular sino en plural, *desvanecimientos.* Trataba de restarles significación y quería asegurarse de que yo no pensara que tales percances podrían estar vinculados al consumo de alcohol. Fue entonces cuando le aconsejé (si es que se le podía aconsejar algo a Hernán: nunca lo hice más que en las poquísimas ocasiones en que él me pidió opinión sobre algún asunto en particular) que fue-

ra a ver a un especialista. Él me aseguró que contaba con la vigilancia de Bruno Estañol, un escritor amigo suyo, cuya formación profesional era la neurología, especialidad que cultivaba al tiempo que mantenía sus afanes literarios. Hernán no volvió a sacar a relucir el tema ni yo a repetir la manifestación de mi temor. Pero sé que ambos quedamos preocupados por la irrupción inesperada de esos desvanecimientos.

* * *

La primera versión que escuché provino del propio Hernán. Creo que en su relato trató de atenuar la historia para restarle importancia al suceso. Me dijo que el "accidente" que lo llevó a permanecer en terapia intensiva en el hospital Médica Sur durante varios días había ocurrido antes de la comida. Aún no habían bebido ni un tequila, "ni nada", dijo. Pero la verdadera historia me la contó con toda objetividad un testigo presencial de los hechos, nuestro querido amigo, el fotógrafo Javier Narváez, que había trabajado con Hernán en la Dirección de Literatura de la UNAM y después había sido mi asistente en la Coordinación de Difusión Cultural y en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra *alma mater.*

Hernán, según me relató Javier, se había reunido a comer el lunes 3 de junio de 2024 en el restaurante yucateco Montejo Sureste de la Avenida de La Paz, en San Ángel, con su amigo José Antonio Lugo. La amistad entre ambos había surgido por la estrecha relación que los dos sostuvieron en su momento con Juan García Ponce. Lugo había sido el secretario particular del malhadado escritor, a quien Hernán frecuentó durante los últimos

años de su vida, signada por una esclerosis múltiple que lo dejó inválido y lo confinó en su propia casa para siempre. Hernán me platicó varias veces que cuando lo iba a visitar le preparaba un martini y le acercaba la copa a los labios para que pudiera bebérselo. El propósito de la comida era que Lugo le obsequiara a Hernán una pintura. Poco antes de que terminaran de comer, ya en la tarde, Javier Narváez se presentó, a solicitud expresa de Hernán, para tomarles unas fotografías. Los amigos se levantaron de la mesa y posaron para la foto, presentando ante la cámara la pintura enmarcada que el uno le regalaba al otro. Yo poseo esas fotografías que Javier les tomó y que tuvo a bien compartirme por medio del teléfono celular. Fue justo en ese momento de la toma fotográfica cuando Hernán se cayó al piso, tan abruptamente que la cabeza, me dice Javier, le rebotó en el suelo. Pero no perdió el conocimiento, aunque después se supo que semejante golpe le había ocasionado una hemorragia interna. Los meseros se acercaron y lo ayudaron a levantarse, lo volvieron a sentar en su silla y le llevaron hielo para evitar que el fuerte golpe provocara una tumefacción. Hernán estaba tan consciente que a cada momento metía los dedos en la cubitera para llevárselos, helados, a la cabeza. Javier se ofreció a trasladarlo a su casa en el propio coche de Hernán, quien no se sentía seguro para manejar, lo que no impidió que le fuera indicando a Javier, como era su costumbre con cualquiera que condujera el automóvil, la mejor ruta a seguir.